

## 2.- Lectura bioética del ser humano: autonomía y vulnerabilidad

Tomás Domingo Moratalla

### *Bioética y antropología: una relación difícil*

Con esta comunicación quisiera proponer una determinada forma de relacionar bioética y antropología, y a su vez ofrecer algunas indicaciones sobre lo que la antropología puede aprender de la bioética.

En primer lugar, hay que señalar que son posibles dos formas de relacionar bioética y antropología. La primera es aquella –que yo descartaría– que anula los términos de la relación, es decir, que convierte a la bioética en antropología o a la antropología en bioética. Es aquella que viene a decir que los problemas bioéticos son “en el fondo” antropológicos y, por tanto, la disciplina fundamental es la antropología; o bien dice que los problemas antropológicos son hoy en día bioéticos, y por eso la antropología que se precie tiene que ser bioética. Es una relación mal planteada. Hay otra forma de relacionar bioética y antropología. Ni la antropología puede engullir a la bioética, ni la bioética puede minimizar a la antropología. Bioética y antropología son dos disciplinas, dos saberes, distintos que responden a diferentes problemas, con diferentes recursos y con diferentes tradiciones. Gracias a esta disparidad es por lo que la relación puede ser fecunda y provechosa.

Por tanto, para relacionar correctamente bioética y antropología tenemos que tener siempre presente esa distancia. Por otro lado, hemos de reconocer también que ni la antropología, ni la bioética son saberes monolíticos; es decir, no existe “la” bioética, como no existe “la” antropología. Hay muchas formas de hacer y plantear tanto una como otra. Así pues, tender puentes entre ambas es una labor que exige mucho cuidado y, sobre todo, prudencia.

### *Lo que la antropología aporta a la bioética*

La bioética es una disciplina joven que, pese a los pocos años con los que cuenta, ha ido consolidándose tanto académica como clínicamente.<sup>1</sup> Pero eso no significa que los debates que en su seno se plantean no sigan siendo polémicos, abiertos y necesitados de clarificación. Por otra parte, muchas de las cuestiones que trata la bioética (aborto, eutanasia, clonación, la gestión de la salud, etc...), nos afectan a todos de una forma u otra, y probablemente hemos participado en más de una discusión sobre alguna de ellas. Podemos decir, además, que los medios de comunicación se hacen eco de estos temas, muchas veces de una manera alarmista o poco seria.

<sup>1</sup> L. Feito, “Panorama histórico de la bioética”, *Moralia*, vol. XX, nº 76, 1997, pp. 465-494.

Detrás de las grandes divergencias en torno a las cuestiones éticas más relevantes, hallamos divergencias antropológicas. Por eso plantear adecuadamente los problemas, preguntas, retos y desafíos de la bioética exige que nos remontemos a una filosofía de lo humano. La antropología filosófica fundamenta la bioética, pero esta fundamentación no ha de ser una “nota de color”, sino que ha de ser operativo, es decir, ha de entrar en juego en el mismo quehacer bioético. No se trata de introducir cuestiones de fundamentación o de dar razones de unas convicciones. La labor de la antropología filosófica no ha de ser puntual, sino envolvente; dando razones y argumentos, ayudando en los procesos de decisión y poniendo de relieve las implicaciones de las decisiones adoptadas. La antropología no puede permanecer callada ante la bioética, ni sus razones y argumentos han de ser sólo discursos de apertura o clausura de congresos. La antropología no puede, ni debe, quedarse en la antesala, sino que debe hacerse presente.

La antropología pone de relieve la “infraestructura” de la bioética y contribuye así a su fundamentación. Esta es quizás su tarea más importante, aunque también tiene que ser capaz de *cuestionar* (por ejemplo, los límites de las intervenciones que modifican la identidad personal), *relativizar* (por ejemplo, el valor de la vida, que siendo supremo, no es absoluto) y *dar una visión de conjunto*. Si la bioética quiere ser fiel a su propio nombre (ética de la vida) y a su propia historia (que se remonta, en sus orígenes, al nacimiento mismo de la medicina), no puede entenderse sólo como una ética aplicada o una deontología, sino que ha de ser comprendida como un “cuidar lo humano” ante los retos de la civilización técnica. Y por eso la voz de la antropología es fundamental y fundamentadora.

Por otra parte, la antropología puede aportar su propia historia a la bioética. Puede enseñarle lo que tanto tiene le ha costado aprender a ella. Así por ejemplo puede mostrarle la necesidad de tener en cuenta la pluralidad de discursos, caer en la cuenta de la dimensión cultural del ejercicio de la racionalidad, o poner de relieve la complementariedad necesaria entre lo científico y lo humanístico a la hora de tratar con lo humano. La historia de la antropología, con sus logros, sus debates, sus problemas, sus conflictos, no puede quedar encerrada en la propia tradición antropológica, pues tiene un profundo valor pedagógico.

En las cuestiones que atañen a la vida humana, más en concreto, a los confines de la vida humana (entre las que se encuentran las tan debatidas del aborto o la eutanasia) hay que evitar posiciones extremas que olvidan una correcta comprensión del ser humano, pues, en definitiva, estos temas antes de ser controvertidos éticamente son discutibles antropológicamente. Sirva como ejemplo la falta de conocimiento antropológico (del carácter procesual y biocultural de lo humano) de aquellas posiciones que identifican acríticamente lo natural con lo bueno y lo artificial con lo malo, o que buscan determinar puntualmente la constitución del individuo humano, dejando de lado las dificultades y matices que implica (y no sólo culturales o creenciales, sino también, y sobre todo, biológicas). ¡Cuántos debates estériles nos ahorraríamos si aprendiésemos a plantearlos antropológicamente! Podríamos decir parangonando a la academia platónica aquello de “nadie entre aquí que no sepa antropología”.

La bioética designa el lugar del ejercicio del poder humano, y éste se ha mostrado ambivalente, ambiguo. Por eso la antropología no puede menos que seguir preguntando: los avances, las nuevas posibilidades, los nuevos poderes, ¿alienan? ¿humanizan? ¿deshumanizan?

## Lo que la bioética aporta a la antropología

En primer lugar podemos decir que lo que la bioética da a la antropología es trabajo. Y se lo da bajo la forma de problemas. La bioética pone a la antropología a pensar. La hace enfrentarse a cuestiones y problemas totalmente novedosos.<sup>2</sup> Si la antropología piensa que su labor ya está hecha se equivoca. No hay una antropología, una imagen del ser humano, que podamos aplicar allí donde surgen nuevas situaciones, sino que las nuevas situaciones, los nuevos retos, nos obligan a reconsiderar nuestra imagen del ser humano, a relativizarla, a transformarla. Aquí nos encontramos con uno de los grandes retos para la antropología. Por un lado necesitamos una imagen del ser humano que nos permita criticar determinados usos y abusos del poder tecnocientífico y al mismo tiempo ese uso del poder cuestiona la imagen del ser humano. La bioética, por tanto, nos saca de la comodidad, nos exige mayor precisión, seriedad y compromiso.

La antropología filosófica se ha entendido en muchas ocasiones como disciplina teórica, que tiene por misión alcanzar teóricamente un determinado concepto de ser humano que permita la labor crítica y al mismo tiempo oriente determinadas acciones. El riesgo del discurso antropológico es quedarse anclado en la teoría y olvidar la relevancia y pertinencia práctica, vital. La bioética nos despierta de este sueño y hace que nos demos cuenta de que el objeto de la antropología no es "el ser humano", sino los seres humanos, plurales, diversos, concretos, de carne y hueso. Hace que nos demos cuenta de que el ser humano es un ser débil, frágil, vulnerable. La preocupación bioética hace que consideremos algunas notas del ser humano que habíamos considerados no importantes o relevantes, o simplemente contingentes. Con la bioética lo contingente pasa a ser esencial para definir al ser humano.

Si la modernidad ha definido al ser humano desde la autonomía, entendida como despliegue de capacidades e iniciativas, la lectura bioética nos ayuda a relativizar esta autonomía o, mejor dicho, a entender la autonomía siempre en relación con la vulnerabilidad. No es que seamos autónomos, sino que queremos ser autónomos. No es tanto un "dato" del que partimos como una idea reguladora hacia la que nos orientamos. El ser humano no es solamente aquél capaz, aquél que puede, también es el incapaz, el que no puede, y todos somos esa mezcla de capacidad e incapacidad, todos somos hechos antes de ponernos a hacer, y a lo sumo, como decía Kant, hacemos algo con lo que la naturaleza ha hecho con nosotros. Antes de ser activos, somos pasivos. El reconocimiento de la pasividad, la contingencia, los grados de no poder, el sufrimiento, la finitud de nuestra vida, la debilidad o nuestra vulnerabilidad intrínseca no puede permanecer al margen de la antropología, y esta lección nos la da, en buena medida, la bioética. La lectura bioética del ser humano, considerarlo como urdimbre de autonomía y vulnerabilidad, ha de ser aprendida por la antropología filosófica que quiera decir algo con sentido. Tan importante como la lectura multicultural del ser humano, que todavía hoy estamos empezando a recibir, es la lectura bioética.

---

<sup>2</sup> Sobre las relaciones entre bioética y filosofía, o entre bioética y antropología, son fundamentales las aportaciones de D. Gracia, maestro, en su sentido más profundo, en bioética, en antropología y sobre todo en humanidad. Resulta de lectura obligada, tanto desde la bioética como desde la filosofía, sus *Fundamentos de bioética*. Eudema, Madrid, 1989. También puede resultar de interés el libro *Estudios de bioética* (Dykinson, Madrid, 1997), editado por L. Feito, pues en él se recogen gran cantidad de temas de bioética aunando la claridad expositiva con la precisión académica.

La bioética va más allá de los problemas biomédicos, y no puede circunscribirse a una ética de la medicina, ni tampoco a una ética aplicada. Atendiendo a la etimología más sencilla, la bioética es la ética de la vida, pero esta definición no resuelve nada, porque dando por sentado, que ya es mucho suponer, que hay acuerdo en definir la ética, así como sus funciones y tareas, hay que considerar y atender al objeto de la ética: la vida. Y la ética de la vida ha de atenderla en toda su amplitud. Por eso, la bioética puede ser entendida de tres maneras, las cuales son correlativas de la forma de entender la vida, y a su vez contribuye a ampliar la lectura bioética del ser humano y a entender mejor esa urdimbre entre autonomía y vulnerabilidad que antes hemos señalado.

En primer lugar, y partiendo de lo más habitual, la bioética tiene que vérselas con los problemas referidos a la *vida humana, en su sentido más biológico*. La bioética trata del nacer y del morir, de la enfermedad humana en el transcurso del vivir, y de la investigación genética, tanto aquella que tiene como objetivo la terapia o aquella que pudiera tener como objetivo la mejora, tanto la que afecta al individuo (células somáticas) como aquella que afecta a la descendencia (células germinales). En este caso, el aprendizaje antropológico de la lectura bioética es relativamente claro. Estas cuestiones bioéticas hacen que nos planteemos el lugar de la enfermedad y del sufrimiento en la vida humana, que replanteemos el sentido del nacer y del morir, es decir, los confines de la vida, o que revisemos los mismos conceptos de persona, de especie, de identidad personal, etc. Al conocer estos problemas bioéticos, nuestra idea de ser humano no tiene más remedio que cambiar. Gran parte de la tradición filosófica ha pensado al ser humano como un ser independiente, dotado de racionalidad y constructor de su propio destino, ahora descubrimos un ser contingente, débil, sometido a la enfermedad, que quiere hacer su vida, aunque muchas veces no puede, y necesitado de cuidados y atenciones. El ser humano que se define autónomo se descubre vulnerable. Este análisis bioético no es descubierto por la bioética, pues podríamos poner muchos ejemplos del análisis de la vida humana vulnerable—por ejemplo Aristóteles—, pero sí nos lanza a pensar en este sentido y dirección con una fuerza antes desconocida

En segundo lugar la bioética no sólo se las ve con la vida humana, sino también con la vida en general, pues la bioética, como ética de la vida, puede prolongarse hasta la esfera ecológica. Cuidar la vida humana exige atender las condiciones que la hacen posible y entre estas se encuentra la vida en general. Si el ser humano gracias al desarrollo científico-tecnológico poner en peligro el planeta Tierra, se pone a sí mismo en peligro. Una bioética responsable pide una prolongación ecológica. En este caso la lectura bioética del ser humano también es clara y también se juega entre la autonomía y la vulnerabilidad. Al considerar la vida biológica en general descubrimos la vulnerabilidad de la propia naturaleza motivada por las intervenciones humanas. La “hybris” de la autonomía humana, de la sensación de poder y dominio sobre todo lo existente, conduce —o puede conducir— a hacer de la naturaleza algo frágil y digno de respeto y cuidado. Aquí la bioética y la antropología se tienen que debatir entre la perspectiva “profunda” y la “medioambientalista”. Como es sabido, la primera perspectiva ecológica habla de un valor intrínseco de la vida natural y la segunda de un valor instrumental de la naturaleza con vistas a la vida humana. Es el debate de una ecología (y también por tanto de una bioética, e incluso antropología) biocéntrica frente a otra más antropocéntrica. Autonomía y vulnerabilidad se entrelazan en esta ocasión a propósito del lugar del ser humano en la naturaleza.

En tercer lugar, hablar de ética de la vida es referirse no sólo a la vida biológica, ya sea humana o más que humana, sino también a la vida biográfica. En este sentido la bioética también sería una ética de la vida humana no sólo biológica; de esta manera la bioética estaría muy próxima a la tarea de la antropología. Habría que recordar, siguiendo a Ortega, que Aristóteles creó el término "biología" para referirse a la vida biográfica. Los griegos para referirse a lo biológico utilizaban "zoe". Por consiguiente podríamos decir que la bioética es una ética de la vida humana en su doble sentido, biológico y biográfico. Es una cuestión muy importante, sobre todo cuando se plantea el tema de la enfermedad, del sufrimiento, de las limitaciones, pues tan importante como la vulnerabilidad es el sentido que se le da, es decir, lo biográfico; la enfermedad es biológica y biográfica. Aquí siguen siendo fundamentales los análisis de P. Laín Entralgo

Por otra parte, al introducir la dimensión biográfica y de sentido estamos entendiendo la bioética como una forma de hacer ética que puede alcanzar la dimensión social, incluso política. De ahí que muchos hablen de la bioética como una nueva ética civil o una ética global. De hecho Potter, el creador del término "bioética", apuntaba en este sentido cuando defendía la necesidad de elaborar una ciencia de la supervivencia que contase no sólo con el conocimiento biológico, sino también con unos valores humanos. Esta sabiduría de la supervivencia es la bioética precisamente.<sup>3</sup>

Así pues, la bioética es una ética de la vida en su sentido más amplio, y a la vez más exigente y responsable. Como dice J. Masiá:

"Lo original y lo específico de la bioética, por comparación con la ética general y la ética médica profesional, sería: a) no reducirse solamente a la medicina; b) no reducirse al nivel individual; c) exigir una renovación de la misma ética. No es solamente responsabilidad ante el paciente, sino ante la biosfera y la humanidad enteras...

Somos conscientes de la necesidad de tratar los problemas bioéticos a nivel de formación cívica general. Todo esto nos lleva a considerar la bioética precisamente como tarea de educación y civilización... Está en juego la supervivencia con sentido humano de la humanidad. Nos preocupa el futuro de la vida en general y de la vida humana en particular."<sup>4</sup>

### *Bioética y antropología: una renovación de la filosofía práctica*

La bioética no es sólo una ética de la medicina o de las profesiones sanitarias —que también lo es—, tampoco es sólo una ética aplicada —que también lo es, hasta el punto de convertirse en modelo para otras éticas aplicadas—, sino que puede llegar a ser el nombre de la antropología ante los retos de nuestra civilización científica y tecnológica. Como decía al principio, la antropología y la bioética son dos saberes distintos, pero muy complicados. No pueden anularse, pero tampoco desconocerse.

Antropología y bioética, bioética y antropología, pueden contribuir a revitalizar y potenciar todavía más la llamada filosofía práctica. La filosofía práctica es el nombre que adquiere la filosofía que no se desentiende de los asuntos humanos. Y las dos, aprendiendo

<sup>3</sup> V.R. Potter, *Bioethics: bridge to the future*. Prentice-Hall Inc., New Jersey, 1971.

<sup>4</sup> J. Masiá, *Bioética y antropología*. UPCo, Madrid, 1998, p. 23.

una de otra y potenciándose mutuamente, hacen que la filosofía práctica mejore su método y sea más consciente de su objeto de estudio.

El método de la filosofía práctica —de la bioética, de la antropología— no puede ser el de una racionalidad objetiva y deductiva, ya sea que ésta esté inscrita en la naturaleza o bien que se proyecte desde la mente humana, sino una racionalidad situada, contextual, narrativa y hermenéutica.<sup>5</sup> El objeto de estudio es el ser humano, la vida humana, pero una vida plural, diversa, compleja y en un continuo movimiento entre autonomía y vulnerabilidad.

Esta forma de concebir la bioética y la antropología hace que consideremos a estos dos saberes claves para el futuro, claves para la supervivencia humana. Tanto una como otra nos ayudan a elaborar y plantear las interrogaciones humanas fundamentales, como son las de la vida o la muerte, o las de la calidad de vida o las formas de morir. Ante los retos y dificultades de nuestras modernas y complejas sociedades, no podemos permanecer indiferentes y no responder adecuadamente; al menos debemos intentarlo. Por eso, bioética y antropología, son dos formas de afrontar nuestro momento histórico de una forma responsable; son formas de estar a la “altura de nuestro tiempo”. El paradigma de la responsabilidad, sin lugar a dudas nuevo paradigma en ética, en filosofía y para nuestra cultura en general, encuentra en la antropología bioética o en la bioética antropológica su mejor expresión.

---

<sup>5</sup> Cfr. D. Gracia, “Aportaciones a la medicina y a la bioética de la ética narrativa y hermenéutica”, pp. 175-202, en VV. AA. *La bioética, diálogo verdadero*. Asociación de bioética fundamental y clínica, Madrid, 2002.